

de y anónimamente sirviendo a la obra de arte, y era en parte un derivado de la filosofía y la retórica, se ha convertido, para mucha gente, en aquello que justifica la existencia de una obra de arte: los animales se acercan a Adán y Eva y son nombrados, el final corona la obra.

Impera una atmósfera curiosa en algunos de los niveles más altos de nuestra cultura literaria: es la que hace que la gente, cuando sigue a los críticos, encuentre imposible no escribir crítica, y casi imposible escribir otra cosa. Pues estas madres orgullosas no sólo quieren que el artista sea bueno, sino que sea el mejor; y no simplemente el mejor, sino el mejor a su modo: quieren que sea exactamente igual a y totalmente diferente de la *Divina Comedia*. Si el lector me dice, «Pero siempre ha sido así», yo le responderé, «Sin duda. Pero los críticos están mucho mejor armados que antes. Ahora tienen tanques y lanzallamas, y es más difícil ignorarlos al acercarnos a la obra de arte. De hecho, siendo como son seres magníficos, es difícil *querer* ignorarlos. ¿No es posible imaginar una edad en la que los críticos sean algo así como paleontólogos, y en la que el último hueso clasificado por el crítico más joven tenga ya cien años? Así son ahora los eruditos. Y los críticos son ya como directores de orquesta, y te ofrecen su *Lear*, su *Otelo*, su *Fierrecilla domada*. Empieza a asustarme un poco; ¿de verdad *queremos* ser una Edad de la Crítica?»

Ben Jonson encabezó uno de sus poemas con el título «Un ataque rima-do contra la rima», y tal vez yo hubiera debido titular este artículo «Un ataque crítico contra la crítica». Pero, por supuesto, me quejo no sólo de la crítica y los *quaterlies*, sino de la época; y esto es justo: ¿de qué nos sirve una época si no es para quejarnos de ella? Pero si la época o su azotea literaria no quiere ser una edad de la crítica, y en particular una edad alejandrina, debe atender más a sus cuentos y poemás y novelas y obras de teatro, y menos a sus escritos críticos; necesita leer más amplia, independiente y alegremente; y debe decirles a los críticos: «Escriban de modo que sean útiles al lector, esto es al lector de poemas y cuentos cortos, no de crítica. ¡Cedan un poco, cedan un poco! Admitan lo que no pueden ocultar, que la crítica no es más (ni menos) que el conjunto de comentarios útiles y juicios imparciales y meditados de un lector, un lector capaz y experimentado y entusiasta, sí, pero no más que eso: un lector. Y recuerden que las obras de arte nunca son materia prima, evidencia, el hecho grosero que los críticos explican o desbaratan. Recuerden que nunca podrán ser más que la escalera al pie del monumento, el guía del museo, el telescopio por el cual los niños ven las estrellas. Como mucho, ustedes ayudan a que la gente vea lo que sin ustedes no veía; pero esas mismas personas deben olvidarse de que ustedes existen.»

Ya que me he quejado del estilo y método de gran parte de la crítica que he leído, debería añadir en este punto que sé que mi estilo y mi método no son los adecuados. Un artículo como éste debería sin duda evitar la sátira; debería estar documentado y ser persuasivo y amable, apenado pero no airado; el lector debería sentir el bálsamo pero no la herida. Y, sin embargo, un artículo adecuado puede no hacer más bien que el que he escrito: la gente tiene razones inmediatas e irresistibles para hacer lo que hace, y las sugerencias útiles o vejatorias de un espectador no suelen hacerles cambiar de opinión. Pero si gracias a un artículo como éste, o a otro mejor que ojalá alguien escriba algún día, hay gente que escoge leer un poema en lugar de una pieza crítica, o escribir un poema en lugar de una reseña, o no prestar atención a lo que el crítico más sistemático y definitivo tiene que decir contra alguna admirada obra de arte..., si esto ocurre, estos artículos habrán valido la pena.

*Traducción de Jordi Doce*

